

Paris 25/11/65

Querido Bosch:

Estuvo usted en París. Me buscó. No me encontró. Estaba yo en Leigh a la sazón. Agradezco mucho que me recordara. Hubiera pasado un rato agradable con usted. Son muchas cosas, muchos momentos, los que me evoca usted, con su nombre, con su persona, con su gestión, como hombre de saber, como catalán, como compañero de lucha y dificultades, como amigo, como hombre integral. Recuerda usted cuando los amigos del SIM dejaban repartidos cadáveres? Y cuando Azaña iba con toda su escolta al encuentro secreto con el inglés? Y cuando el Vicario General de Barcelona nos sacaba de quicio? Y cuando no lograbamos que Companys se arrancara? Luego vino Inglaterra: Oxford, Trueta, Batista.... A los dos los veo de vez en cuando. Al que no he visto hace muchos años es a Pi. Supe de sus problemas familiares. Yo no sé quién dejó de escribir a quién. Ahora no tengo, por no tener, ni sus señas, porque sé que cambió de casa: hasta ahí llegan mis conocimientos.

Yo soy abuelo cinco veces. Es claro que no tengo más que una hija. Usted debe serlo ya bastantes más. Qué hacen sus hijos y sus nietos? Qué tal se encuentra, sobre todo, su encantadora mujer?

Claro que usted sigue produciendo hijos espirituales. Le felicito con toda mi alma. He leído la separata de los orígenes vascos, que me interesó mucho. Aunque casi todo siga en la región de las sombras en el nada arqueológico, no es poco lo que se va perfilando, que permite ordenar indicios y avanzar en el discurso. Ya no puede aplicarse al tema aquello de El Mentir de las estrellas...

Por lo demás: cuando ordenó usted sus razones para ese parto, estaba demasiado serio. No sé si encontré una frase de humor, aunque fuere humor prehistórico. Mire usted que eso de magdalenense se presta a la broma. Pues, ni por esas. No parece sino que todos los presuntos lectores de su esfuerzo traducido al romance, iban a ser Batistas. Y mire usted, amigo Bosch, yo creo que un arqueólogo, o antropólogo si hace al caso, que se estime, debiera ser, siempre, un hombre venerable, con luengas barbas, que, casi casi, esté en disposición de hacer la competencia a los PP.Noel de los almacenes de juguetes, y que, como don de la Providencia, merecido por los esfuerzos de sus investigaciones, reciba el de una bondad de carácter de esas que sólo encuentran expresión que se acerque a lo perfecto en el humor. Mire, amigo mío, las gentes sin humor son aburridos, y cuando se es aburrido se hace difícil que el hombre sepa mucho. Bueno: yo le perdono a usted que no se deje la barba. Eso es muy incómodo. Pero que pierda el humor, eso nunca, querido Bosch. Yo, si me da tiempo antes de dañarla, pienso hacerle un guiño a la vida. ¡Y eso que yo no soy sabio ni esas cosas!

Bueno: Conste que le recuerdo con gran afecto, que le felicito por su salud y capacidad de trabajo, y que pido a Dios que nunca pierda usted el humor.

Muy suyo

